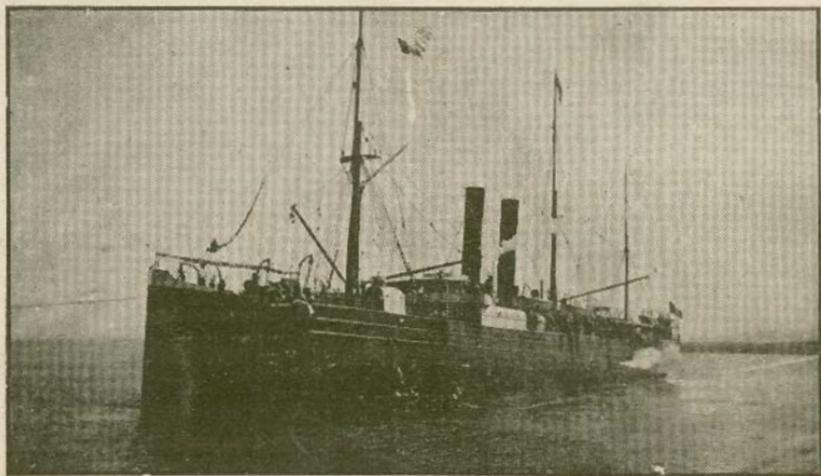


Páginas Ilustradas



UNITED FRUIT COMPANY

LÍNEA DE VAPORES



La United Fruit Co. ofrece á sus favorecedores un servicio sin rival entre Puerto Limón y los puntos que abajo se expresan:

Vapores Cartago, Parímina y Heredia

de 5000 toneladas cada uno, harán un servicio de cabotaje así:— Salen de Limón (Costa Rica) para Colón (Panamá), todos los miércoles á las 6 p. m., y de Colón para Limón los jueves á las 5 p. m. Estos vapores hacen buenas conexiones con vapores para Kingston (Jamaica) y Santa Marta (Colombia).—Entre Limón y New Orleans, con escala en Pto. Barrios (Guatemala), cada viernes en la noche.

Vapores **Limón, San José y Esparta**, de 3300 toneladas cada uno. Servicio semanal entre Limón y Boston. Salen de Limón los domingos.

Los pasajeros para Colón (Panamá) deben presentarse ante el Cónsul Americano en San José **CINCO** días consecutivos antes de embarcarse, á fin de obtener una constancia de haber permanecido en ese lugar durante dichos **CINCO** días. Además, deben proveerse de un pasaporte de la autoridad respectiva del Gob. de Costa Rica.

Para más informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company en San José ó Limón y á los Sub-Agentes Sasso & Pirie, San José.

E. J HITCHCOCK, Administrador

PAGINAS ILUSTRADAS

Fundador-Propietario:
Próspero Calderón

REVISTA SEMANAL

Editor:
Francisco Calderón

LITERATURA, ARTES, CIENCIAS, VARIEDADES

GETSEMANÍ

Para Páginas Ilustradas

La congoja lo agobia con su peso
Y como losa fúnebre lo oprime:
Su espíritu está pronto, pero gime,
Gime, en lo flaco de la carne, preso.

Alli donde su pie dejara impreso,
Va la persecución y el suyo imprime:
Llama á uno amigo su piedad sublime,
Y ése lo entrega con la paz de un beso.

Ya la lucha interior agota el brío
Del alma, que está triste hasta la muerte;
Y entre tanto, el sudor, copioso y frío,

Del hombre de dolor que allí se abate,
Humedece la tierra en que se vierte,
Como sangre vertida en un combate.

EL SUEÑO DE CLAUDIA PROCLA

No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa.—Mateo XXVII.—v. 19.

I

Comenzaba la segunda vigilia de la noche anterior al 14 de Nisán.

En vano Claudia Procla hacía grandes esfuerzos por conciliar el sueño. El día había pasado en una de las ventanas del Palacio de Herodes, contemplando la inmensa multitud de gentes que desde los confines de Palestina venían á Jerusalén para celebrar la Pascua, y á sus oídos había llegado el rumor de la nefanda trama urdida contra el Predicador de Galilea, Jesús de Nazaret, cuyas doctrinas de amar á los pobres, habían despertado en su corazón pagano, corrientes de simpatía y admiración.

Semejante á una de las marmóreas estatuas que allá lejos en la campiña romana precedían el silencioso dormir de las tumbas, la descendiente de los nobles Claudios estaba fría y pálida; sus negros ojos de penetrante mirar vagaban errabundos por los contornos de aquel rico palacio en que el refinamiento oriental había puesto toda su alma voluptuosa.

Dejó de súbito el lecho de marfil ataviado de suave y vistosa púrpura y de delicadas almohadones que convidaban al dulce reposo. Recogió su blonda cabellera y la cubrió de dorado velo, y temblorosa bajó la escala de fiso mármol y de pronto se encontró en uno de los jardines de aquella soberbia mansión. Una brisa saturada de nardos, violetas y cárdenos lirios, embalsamaba el ambiente. La calma de la noche se hacía sentir con todos sus espectros y fantasmas que la imaginación viva del Oriente hacía surgir del fondo del abismo. La límpida claridad de la luna se filtraba á través de las esbeltas palmeras de Sión, y la verdeante yerba parecía brillar al sentir el beso inmaculado del astro de la noche.

Bajo la fronda de un aromático sinamomo se detuvo Claudia, la bella y gentil esposa del procurador del Imperio, Poncio Pilato, y allí, presa de repentino estremecimiento, cayó rendida y entró en profunda somnolencia.

II

Era muy cercano el amanecer. El cantar de las avecillas al cielo, el rebullirse de las ovejas y el desperezarse de la naturaleza, indicaban el despuntar del nuevo día.

Claudia Procla se incorporó y hubo de enjugar sus ojos bañados en lágrimas y pasó sus tersas manos sobre su blanca túnica, que parecía de perlas finísimas, bordada por el rocío matinal. Un frío nervioso la acometió al oír el eco de trompetas y clarines que desde uno de los torreones de la fortaleza de la Antonia anunciaba la nueva aurora, y creyó que era la triste realidad de lo que en el sueño había visto y oído: el eco



sinistro de la trompeta anunciando por todos los ángulos de Jerusalén la sentencia de muerte contra el Dulce Profeta de Galilea . . . ¡Ah! pero aún no era así! Una palabra, un mensaje suyo podría salvar al inocente reo, al Divino Ajusticiado. Sabía muy bien el dominio que en el corazón de su esposo disfrutaba ella.

¡Cómo era posible que su esposo pudiera negarle á su divina Claudia una gracia!

—Vé al Pretorio y llévale este mensaje á Poncio Pilato, le dijo en tono imperioso á uno de sus fieles servidores. Como flecha disparada, así salió el esclavo y de pronto se prosternó en las gradas del Pretorio y el Gobernador de Judea pudo leer en caracteres claros y bien pulidos, estas palabras de su esposa que uno de los cuatro evangelistas nos ha transmitido fielmente para perpetuar aquel rasgo de bondad del corazón de Claudia Procla: "No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa".

Pilato vaciló un momento, y el temor de manchar las manos que acariciaban el rostro de Claudia amorosamente, se apoderó de él y pensó en salvar á Jesús ó evadir su responsabilidad en la causa de ese "Justo" por quien había pasado tantas congojas su buena Claudia.

Envio á Jesús al tribunal del Tetrarca Herodes para que lo juzgara, pero este "lobo luto", "zorra vieja", se lo devolvió cubierto de irrisoria clámide de púrpura, en señal de loco.

Hizo Pilato un segundo esfuerzo, cobarde y vil como todos los que empleó, para ver de salvar á Jesús para complacer á su esposa. Puso delante de las turbas amotinadas frente á su palacio, la humilde, bondadosa figura de Jesús, en parangón con la miserable, repugnante y deshecha persona del jefe de bandoleros y criminales: Barrabás. Aquella hambrienta jauría humana atizada por los sacerdotes, fariseos y jefes del Sacerdín, prefirió la libertad del ladrón á la de Jesús de Nazaret . . .

Todavía el Juez cobarde hizo otro esfuerzo para salvar á Jesús de las garras de sus enemigos. Lo mandó á azotar fieramente, y coronada de punzantes espinas presentó la augusta faz del Salvador en el estado más triste, y dijo con fuerte voz: ¡Ecce homo!

No se aplacó el furor del pueblo judío, y las últimas palabras del vulgo, de la plebe: "si no le castigas no eres amigo del César", habían desconcertado el ánimo de Pilato, y como herido por un rayo perdió el conocimiento de lo que tenía á su alrededor y firmó al fin la sentencia de muerte de cruz contra Cristo Jesús, no sin lavarse antes sñicamente las manos á presencia del vil populacho.

III

Salió Pilato del Pretorio y bajó la escalera de mármol de la torre Antonia, y cabizbajo se dirigió con el alma ulcerada al interior del Palacio herodiano.

¡Salve, divina! ¡salve, carísima Claudia!, repitió con voz entrecortada al encontrarse en el atrio con la presencia de su esposa que impaciente lo aguardaba. Resonaba aún en el oído de Pilato la misteriosa misiva de Claudia en el momento solemne de la condenatoria de Jesús Nazareno.

Severa, imponente, con la mirada altiva, lo recibió Claudia y le dijo: ¡Oh! por qué abandonaste á Jesús y lo condenaste á muerte, siendo inocente y pudiendo fácilmente salvarlo? ¡Ah!, porque venció en ti la cobardía y ahogaste en tu corazón el sentimiento de la justicia! Desdichado, continuó Claudia con toda la energía de su noble corazón, un baldón eterno cubre desde hoy tu ingrata memoria . . .

Pilato no contestó y sólo hábilmente preguntó á Claudia cuál era el sueño que había padecido la noche anterior, cuando él conocía de la causa contra el Nazareno.

Pilato era excéptico en religión; pero supersticioso como el que más de los romanos de su tiempo, ansiaba oír de labios de Claudia el relato del fatídico sueño, y fingiendo indiferencia, le dijo: Con que era terrible el sueño! . . .

¡Ah, le respondió Claudia, no me siento capaz de contártelo ni puedo explicártelo! Habla, habla, le repetía Pilato con insistencia.

Eran las tres de la tarde del viernes de la gran semana. El sol había perdido su lumbré, y las tinieblas, como negro manto, cubrían todo de tristeza y pavor, y un espantoso estremecimiento conmovió el palacio en donde Pilato y Claudia sostenían aquel animoso diálogo.

Repuesta de la violenta sacudida, comenzó Claudia: "Soñé que Jesús de Nazaret era el verdadero Mesías prometido para la redención de la humanidad. Lo vi triunfante después de sufrir dolores inauditos en el Calvario, lleno de magestad subir en una nube á lo alto de los cielos y después uno de sus muchos prosélitos se dirigió á Roma, nuestra querida Roma, y allí plantó en la cúspide del capitolio, la atrevida cruz. Vencedor, arrastraba en pos de sí á pueblos enteros y cambiaba por doquiera la faz del mundo".

—Mucho daño te ha hecho la vida del Oriente, le dijo Pilato. ¡Oh Claudia, tu fantasía es rica en hermosas alegorías!

Continuó Claudia: Después soñé que tú habías caído en desgracia, que perseguido por el César mismo, de quien eres servidor incondicional, te depuso del mando, y que miserable y pobre pasabas los últimos días de tu infortunada existencia, llevando sobre sí las maldiciones de los hombres y el peso de la justicia del Eterno. Pasarán los siglos, se destruirá Jerusalén, se derrumbará el imperio romano y siempre tu memoria pasará á las generaciones como juez cobarde y venal, y al lado de Jesús Nazareno se verá tu figura execrable señalándole con tu dedo: "He aquí al hombre" . . .

Los sollozos entrecortaban las palabras de la bella Claudia Procla. El Gobernador de Judea estaba pálido y sombrío. El destierro, la desgracia de perder la amistad del César, todo esto era para él un anuncio espantoso, una profecía á la cual debía oponer todos los recursos para no ser el actor de tan dolorida tragedia.

IV

Habían trascurrido apenas tres años del misterioso sueño de Claudia. Vitelio, Gobernador de Siria en el año 36 de la era cristiana, enviaba lleno de cadenas á Roma á Poncio Pilato, y de allí fué al ostracismo á las islas Ganles, en donde consumió miserablemente los días de su vida.

Claudia abrazó la doctrina de la nueva secta de los nazarenos y Pablo de Tarso la recomendaba como una buena prosélita á su discípulo Timoteo, y el calendario oriental inscribió su nombre en el martirologio: Claudia Procla, mujer de Pilato.

MANUEL ZAVALA,
Presbítero.

9—IV—1911.

EL ROSARIO

Sobre una vieja cómoda está la Dolorosa,
atravesado el pecho por los siete puñales;
la talla de la imagen querida y milagrosa
se guarda y reverencia bajo limpios cristales.

Ante ella humildemente y contritos, de hinojos
el Rosario se reza en monótono son,
y las manos cruzadas, hacia el suelo los ojos.
(A veces un suspiro consuela el corazón).

La tarde va muriendo. Del rezo la fragancia
va subiendo á los cielos por ignotos caminos,
mientras que lentamente se salmodia en la estancia

para que Dios nos libre siempre de todo mal,
y por los navegantes, y por los peregrinos,
y por los que se encuentran en pecado mortal.

LUIS BRUN

MUSA NATIVA



EN RECUERDO
DE AQUILEO

Poesía leída en la velada que el Club «Alfonso XIII»
celebró en memoria del poeta Aquileo J. Echeverría

¿Dónde está la lira con que canta el viento
en las claras noches de dulce quietud,
dejando en las tumbas un vago lamento
como de violines, como de laúd?

¿La queja del ave lejos de su nido,
lejos de su fronda, lejos de su amor;
el verso que el agua rima en el dormido
parque solitario desde el surtidor?

¿En dónde el susurro de abeja afanosa
que va con el ámbar rubio de la miel
que robó en los labios de una joven rosa
ó en el rojo cáliz de un fresco clavel?

O bien el murmurio tenue de las olas
que llegan hablando de algún pescador
perdido muy lejos, muy lejos y á solas
con la gran tristeza de un lejano amor.

Ruido de panderos y choques de espadas,
voces de la flauta con que llora Pan;
gritos de huracanes, tumbos de cascadas,
trotos de cuadrigas que sin freno van.

Todo eso y la fabla de los campesinos,
—atletas que triunfan siempre en su labor—
la fabla que escuchan los patrios caminos
ó bien del labriego, ó del leñador,

Y cantar la musa del bardo nativo
que cantó la pompa del patrio solar,
el gañán robusto y el pájaro esquivo
y todas las guarías que vió reventar.

Ella fué en las selvas errática ninfa
de cuerpo lozano, de talle gentil;
se vió en el espejo de la clara linfa,
se adornó las sienes con rosas de abril.

En las alegrías de la carretera
que de lejos finge dormida coral,
la musa del bardo vió la mañanera
marcha de boyeros á la capital.

Supo los secretos del abecedario
que en sus negros ojos tiene el manañés
para hablar á solas de amor incendiario
á su novia huraña, sumisa después.

Oyó las consejas de los carreteros
mientras descansaban junto al manañés;
ella vió en las bodas bailando lanceros
y los villancicos oyó en el portal.

La musa nos dijo en bellos romances
llenos de gracejos y de buen decir,
de la moza alegre cuyos camanances
eran dos primores al echarse á reír.

Admiró en los barrios al mozo altanero
de chaqueta y banda en brioso alazán

bajo el polvo de oro del mes de febrero,
cuando era la tarde rojo tulipán.

Fuè musa del pueblo y de mozas lindas,
de caderas amplias y sano color;
supo las recetas que daba *ñor* Vindas
á su cliente enfermo de agudo dolor.

Oyó el regateo de viejas tacañas
que por un centavo dejan de tratar
las leñas mejores que dan las montañas,
y después de oírlas las supo pintar.

Ella vió el encuentro de *Cuatro flizos*
mientras que la luna derramaba luz
sobre los caminos, sobre los ribazos,
donde las tinieblas tienden su capuz.

Ella vió en los campos cómo las abejas
tornan de las flores á su colmenar,
y vió los cendales que las pudreorreas
lucen de mañana sobre el valladar.

Sorprendió el idilio, junto á las praderas,
una campesina y un joven doncel:
ella de ojos negros y curvas caderas,
de talle fornido y atlético él.

Ella vió en las tardes caer de las ramas
de los limoneros lluvias de azahar;
bordó con estrellas bellos epigramas,
áureos madrigales supo cincelar.

Contempló los astros como ruecas de oro
hilando las hebras de sedosa luz;
hizo de sus cantos lirico tesoro
y engarzó zafiros y perlas de Ormuz.

Oyó las canciones de la serenata
que el joven amante cantó con primor;
supo de un anillo cincelado en plata,
de un rizo de pelo que cortó el amor.

Ella vió aquel Cristo de mirada mustia,
de faz dolorosa, tallado en marfil,
que puso consuelo sobre de la angustia
del enfermo bardo marchito y febril.

Ella vió cerrarse los tranquilos ojos
del cantor agreste del patrio solar;
sudario de besos puso á los despojos
del lirico muerto . . . y se echó á llorar.

Hoy está de luto, con nostalgia y tedio,
llora pesadumbres presa de dolor,
en playa extranjera, en lejano predio,
se transforma en lirios el dulce cantor.

Yo también ofrendo, sobre su memoria,
mi collar de rimas—quejas del laúd—
mientras que descansa al pie de la Gloria,
en el cementerio de otra latitud.

FLORES DE NUESTRO JARDÍN



Fot. Paynter

Señorita María del Carmen Ross Ramírez

AQUILEO J. ECHEVERRÍA

CONFERENCIA LEÍDA EN LA VELADA DEL 25 DE MARZO QUE ORGANIZÓ
EL CLUB ALFONSO XIII, COMO HOMENAJE A LA MEMORIA DEL POETA

Señor Presidente, señoras y caballeros:

Vengo á ocupar esta tribuna por amable invitación de la Directiva del Club. Demasiado conozco mi insuficiencia, y como tuve la oportunidad de asistir á una de las veladas del año último, sé que vuestro paladar está mal acostumbrado, pues se le han servido trozos de alta elocuencia y filigranas poéticas. Sin embargo, mi entusiasmo por los centros de cultura y de sociabilidad en este país á donde hacen buena falta, justifican la participación activa que tomo en la fiesta de esta noche.

Además, voy á hablaros de Aquileo. Su nombre es un escudo protector, y desde luego me pongo bajo el amparo que debe prestarme, al conjurarlo, su buena sombra.

Cierto que de los poetas no debería tratarse con la gravedad que impone un recinto semejante al nuestro, ni siquiera en la escena de los teatros, sino en campo abierto, en noche clara, bajo los árboles que platea y vuelve misteriosos la sigilosa luz de la luna. Imagino yo un parque con fuentes murmuradoras, con grupos de mármol que hayan sido inspirados por el amor, con avenidas trazadas para que discurran las parejas mientras el pequeño Dios ríe invisible de sus caprichos, y en tanto que las cadencias de orquestas lejanas se filtran en el follaje como música de ensueño; un parque digno de Watteau, por la belleza del paisaje, en el cual las canciones y los versos subieran impregnados por el alma de las rosas hacia el éter azulado.

Para definir en pocos rasgos el espíritu del poeta, cuya fisonomía me toca describir, evoco esas fiestas galantes de las antiguas cortes, á donde se realizaron mil travesuras picarescas, bailes de máscaras, conciertos, serenatas, duelos, todo llevado con gentil donaire, la vida y la muerte como si fueran escenas de carnaval, la filosofía misma amable, voluptuosa y resignada; en una palabra, evoco la gran som-

bra del genio florentino; Boccaccio, cuya pluma es del más fino y penetrante acero, y cuyos cuentos alados agitan en nuestra mente, hoy como hace unos cuantos siglos, los cascabeles de la risa.

Aquileo J. Echeverría. (¿Y por qué J?, dirán ustedes. La explicación que él dió una vez fué esta: porque de todas las letras mayúsculas, la J es la que puedo hacer con más belleza caligráfica). Aquileo nació en San José el 22 de marzo de 1866. Inclinándose á la tendencia moderna que quiere explicar al hombre según sus orígenes y leyes hereditarias, encuentro que la verba imaginativa y la afición al relato entretenido y malicioso, en que la sal resulta á veces un poco gruesa de grano, le viniéron de la línea paterna. ¿Quién no conoce á don Aquileo, al viejecito de barba de plata, familiar y socarrón, amigo del chiste sempiterno? Un buen patriarca que será jovial aun en frente de la muerte.

Por el lado materno, el arte le entregó sus dones. Esa familia Zeledón tiene en Costa Rica sus blasones intelectuales: allá, á raíz de la Independencia, un notable abogado fué nuestro representante en las asambleas de la Federación; de esa estirpe contamos actualmente un ex-Presidente de la República; un diplomático que tiene en su haber el más ruidoso triunfo de nuestros anales; la joven soprano cuya voz de alondra encantó las veladas de otro tiempo; un escritor de costumbres muy ameno, y entre nosotros se halla aquí mismo, el laureado vencedor en el concurso poético del Himno Nacional.

Aquileo, de los suyos fué el favorito, pues heredó además el talismán de la simpatía, uno de los dones supremos que suelen embellecer la vida, y lo único con que lo castigó el hada mala, como dice Rubén Darío, fué con la mala salud, y agregó yo: con otro presente, el de la pobreza; pero él supo reírse de ella, que es la manera que tienen de dominarla los seres superiores.

Los estudios de Segunda Enseñanza los hizo Echeverría en el Instituto Nacional, y cuando más dedicado á sus labores se encontraba, vino la guerra del año 85, la campaña contra el General Rufino Barrios, el paseo militar que hicieron nuestros ejércitos. Aquileo, aunque sólo contaba veinte años, se alistó en las filas y pasó á Nicaragua. La única conquista que se debe á sus armas, fué la del afecto del Presidente Cárdenas que lo nombró su edecán. Nunca se le hizo cargo, que yo sepa, por haber infringido el precepto constitucional de militar bajo otras banderas distintas de las de su Patria.

Empieza ya la vida de aventuras, el mejor aprendizaje para un poeta genuino, el campo de observación de países y almas extrañas. Los estudios de Aquileo quedaron incompletos. No le eran familiares ni la literatura clásica, ni los grandes maestros modernos, y sus relaciones con la gramática eran de simple cortesía. Lamento haber perdido los manuscritos de algunos de sus cuentos que yo guardaba con cariño. Guiado por su inspiración, el Pegaso atropellaba á brida suelta la ortografía, y lo mismo herraba con h los cascos á su potro, que proclamaba contrito cualquiera de sus errores, escribiéndolos con h.

De regreso al país empezó á frecuentar las oficinas de redacción de los periódicos y á dar á conocer las muestras de su ingenio. Publicó en "Costa Rica Ilustrada" un romance: "El Rebocito Nuevo", que fué toda una revelación. Había creado su género desde el primer ensayo, por lo menos el género que lo hizo popular.

Luego desaparece de la escena. Marcha á un teatro mayor, á donde sus capacidades, al decir de su jefe, contribuyeron en buena parte al éxito celebrado. Me refiero á su puesto de agregado en la Legación de Costa Rica en Washington, encomendada á don Pedro Pérez Zeledón, y al arreglo de los límites con Nicaragua. De esa corta carrera diplomática guardó Aquileo sus más bellos recuerdos, su añción por los salones, por la vida mundana, por la elegancia femenina. Una página preciosa nos envió de los Estados Unidos, un canto en prosa á la Noche Buena, un lamento por no estar en aquella fecha al lado de sus padres y por no poder disfrutar del cariñoso ambiente de su tierra natal.

«Noche Buena! Novia gentil de mi in-

fancia, lleva en las alas grises de tu cuerpo frío, mi ardiente beso á la Patria y un recuerdo á los seres que más amo y venero!»

En los estantes polvorientos de la Biblioteca Nacional, Sección de Publicaciones, yacen amontonados en rimeros los diarios viejos, y al visitar ese cementerio del periodismo, pensamos en la cantidad de inteligencia y de pasión gastada al servicio del público, sin más resultado que ese poco de papel mohoso, harapos destinados al fuego, y una que otra reputación que sobrevive de las cenizas.

Aquileo dedicó muchos afanes á la prensa, y ahora, en su honor, hemos exhumado algunas de aquellas páginas escritas al correr de la pluma, á donde sin embargo quedaron impresas las trazas de su talento seductor. "Bocaccio", el chispeante adalid político de 1889, que hizo rabiar á los polemistas serios del Partido Constitucional, fué dirigido por Aquileo de regreso de Washington, con la colaboración de Ricardo Fernández Guardia, Samuel Uribe, José María Gutiérrez y otros jóvenes que en ese tiempo esgrimían sus primeras armas. En la memoria de todos está aquella burlona querrela que, en versos, sostuvo Aquileo con don Juan Ferraz, sacado de quicio por las punzadas humorísticas de los muchachos afiliados al Partido Liberal.

Con todo y tanta donosura y unas cuantas trampas electorales, triunfó por abrumadora mayoría el caudillo popular, y la falange de intelectuales tomó el camino del destierro voluntario. Entre ellos iba Aquileo.

Su permanencia en Guatemala duró dos ó tres años. Decir la popularidad que adquirió nuestro compatriota sería ocioso, pues sus hechos y sus dichos se comentaban como los de un hombre público. Visitaba las casas encopetadas y departía con las pequeñas gentes; adquirió un café-tín frente al teatro, que fué el centro de reunión de sus amigos; cultivaba relaciones oficiales sin olvidar sus viejas ligas con las musas. Allá reveló Aquileo sus dotes para la crónica social, género literario que es más árduo de lo que á primera vista parece. Sus impresiones de piezas teatrales, de bailes, de reuniones privadas, que se disputaban los diarios y que se registran, por ejemplo, con el título de "Domingo á Domingo", en "Guatemala

Ilustrada", formarían un lindo volumen. En esta época de su vida cosechó también, para afinar su criterio, muy buenas lecciones prácticas de estética, pues vivió en camaradería intelectual con Justo Facio, Ricardo Fernández, sus compatriotas, y con Batres Jáuregui, José Joaquín Palma, Valero Pujol, José Leonard y otros distinguidos escritores, y allí inició su amistad fraternal con Rubén Darío, estrella de primera magnitud en el arte centroamericano.

De vuelta a Costa Rica y en plena madurez de su talento, volvió Aquileo de nuevo a las faenas del periodismo, ya como colaborador de casi todos los diarios, ya como editor del que se llamó "La Patria", y en ellos nos regaló los más bellos presentes de su ingenio.

Quiero, cortando aquí el hilo de su biografía, daros algunos ejemplos de su estilo en prosa.

Al relatar una fiesta nupcial celebrada con gran pompa, se le ocurre hacer una diatriba del matrimonio, que sublevó el ánimo de algunos censores de nuestras costumbres, miopes por supuesto, porque no supieron leer entre líneas:

CRÓNICA

No cabe dudarlo; el matrimonio es, un mal, casi casi inevitable, una especie de penosa necesidad.

Si yo estuviera desligado de ciertos compromisos sociales, si respirara en una atmósfera más amplia, sería un fervoroso apóstol del amor libre. Y tengo para ello mis razones. El más grato atractivo de la pasión lo constituyen unas cuantas puerilidades inocentes que el matrimonio autoriza, santifica y... destruye.

El amor tiene algo de niño mimado que pide imposibles, y se contenta con nimiedades.

Es un pobre chiquillo á quien le encanta jugar al escondite.

Se alimenta de sustos, florece en los rincones oscuros donde estalla la nota apagada del beso robado, del dulcísimo beso robado á unos labios que tiemblan.

Y por lo mismo que necesita de misterio, que gusta de zozobras, que se acurruca en la sombra como una ave nocturna, desaparece con el matrimonio, que cae sobre los enamorados como un manto luminoso, desvaneciendo el prodigio, evaporando el rocío, mostrando á las claras toda la desnuda y áspera realidad.

Si, el amor termina donde el matrimonio empieza; porque el matrimonio roba al amor sus galas poéticas, porque arranca á la divina mariposa sus alas de oro.

La realidad es madre del desencanto.

He ahí una ley funesta é ineludible.

Pasada la embriaguez de la sorpresa, viene el período de los bostezos, heraldos del fastidio.

Al verse cara á cara, entre bastidores, en mangas de camisa, se preguntan ambos con asombrada tristeza: éste es aquél?, ésta es aquélla?

Y el hastío invade las almas, esparce el aire las

últimas chispas de la agonizante hoguera y tiende sobre la pareja infeliz un sudario de hielo.

No robéis al amor su savia; dejadle sus escalas de seda, sus citas, sus cartas, sus flores, sus cintas, sus triunfos pueriles, las miradas cruzadas al vuelo por entre la muchedumbre que atisba, los besos ó abrazos de un segundo trocados á escape y mirando á todas partes con el corazón henchido á la vez de temor y regocijo.

No corráis la cortina, no allanéis el sendero. Toda dificultad lleva en sí el germen de un deseo, y todo apetito constituye una ilusión.

El matrimonio es un anfiteatro donde la realidad disecciona al amor.

En ese sentido detesto al matrimonio con toda mi alma, con el mismo fervor con que aborreciera á quien se complaciera en destruir flores, en empujar arroyos, en romper nidos, en matar pájaros, en una palabra, en acabar con todo lo bello, con el ideal, con la ilusión, con la esperanza.

Sobre los hogares nuevos debería flotar una bandera negra.

Todo lo que he dicho anteriormente es purísima música celestial, un desahogo de la tristeza que me abruma: el despecho es mal consejero, y me inspiró esa broma triste.

Reconozco y acato el valor del santo sacramento, y sólo anhelo, por considerarme feliz, entrar al bienaventurado gremio, siempre que sea en compañía de mi adorable enemiga.

En otra ocasión, refiriéndose al casamiento de uno de sus amigos íntimos, cierra su crónica con un chispazo de su cosecha:

PUNTO FINAL.— La luz eléctrica, profusamente repartida, presa en centenares de globulillos de colores, se apagó unos instantes hacia la media noche, produciendo gran confusión. Hubo empujones, gritos, risas, un barullo incoherente y confuso. Durante el eclipse se evaporó una pulsera... y se escuchó un beso.

Joya por joya, nada se ha perdido.

En serio. Juzga un libro de un colega sin poner trabas á su vibrante aplauso:

"MIS VERSOS" POR JUSTO A. FACIO

Facio es un poeta prendado del arte; trabaja sus estrofas con escrupulosa atención; engarza las palabras como si fueran perlas: estudia el conjunto y los detalles; gradúa los sonidos, y con atildado acierto los distribuye y enlaza.

Refrena las fogosidades de su temperamento meridional, aprisionando en la vieja cárcel de los moldes clásicos el torrente bullidor de su espíritu arrebatado.

Su musa calza la sandalia griega; lleva sobre los hombros manto imperial y diadema de perlas en la sien.

Sus versos se resienten de sobrada seriedad, carecen á veces de gracia; hay en ellos algo como la impasible y fría actitud de las estatuas; les falta calor, sangre, nervios: no escribe, esculpe; el pensamiento subyuga la sensación; sus estrofas son joyas, no ramilletes; hay en ellos dureza y brillo de diamantes; talla en mármol sus rosas: dispone de una cantera, no de un jardín.

Pero su labor vale, vale lo que muy pocas en América: el buen gusto cotiza á alto precio sus

obras. Están hechas para vivir mucho, para vivir siempre.

Facio, con acierto que aplaudo, ha logrado suscribirse á los halagos de la moda: en vano llamó á sus puertas la coqueta deidad; su red de hilos de seda no pudo aprisionar el águila.

No lo tientan los aplausos de la multitud, y, democrático como el que más, desdena los laureles burgueses; llena con seriedad su papel de poeta y con amor ejerce el sagrado ministerio de la lira.

Sus versos no están al alcance de todos; se necesita para comprenderlos y, particularmente, para gustar de ellos, estar iniciado en el secreto de los refinamientos, poseer la clave que descifra los altos problemas estéticos, ser dueño de la llave de oro que abre la puerta de los talleres clásicos.

Su libro no andará por los obradores de los artesanos ni por las mesas de pino; tiene su puesto en las estanterías de caoba, sobre los pianos de palisandro. Es joya delicada y requiere estuche de marfil ó seda.

No hablan estas estrofas al corazón en el idioma del sentimiento; no siempre conmueven: muchos de los más hondos suspiros de Facio, muchos de los más desgarradores ayes de su alma herida, al pasar por el crisol de su mente, se cristalizan y endurecen.

Sus versos, pues, no serán nunca populares; no hallarán frescas bocas de quince años que los reciten, no robarán tiempo á los estudiantes que sueñan con Espronceda y se enloquecen con Bécquer.

La mayor parte de las gentes recibirá el libro con indiferencia; la envidia escupirá sus iras sobre él. Pero, ¿qué más da? Las uñas no dejan huella sobre el mármol; la ignorancia, amontonando brumas al rededor de esta obra delicada, la amerita y enaltece: será su ruin labor

“La sombra que hace resaltar la estrella.”

La jovialidad de su carácter se pinta en un pequeño artículo, ensayo de sátira social. É imitación muy fina del modelo que él nos cita:

LAS UÑAS

Á GUZMÁN BLANCO, JUÁREZ CELMAN, ETC.

(Artículo que se le olvidó á Proaño)

Dedico este artículo á los señores Ministros de Hacienda de todos los países y de todas las épocas, á las suegras y á los escribanos, de quienes dice el cantar:

Un escribano y un gato
en un pozo se cayeron;
como los dos tienen uñas
por la pared se subieron.

Nada tan estorbo como las uñas, malhadado apéndice que nos semeja á los animales de peor calaña, proporcionándonos solamente el beneficio de aliviarnos de las picazonas, poca cosa en verdad para las molestias que ocasionan y el tiempo que quitan.

Vamos á hacer de ellas un proceso circunstanciado: calculando que un hombre gaste media hora cada día en arreglarse las uñas, y es bajo el cálculo, si ese hombre vive 50 años, emplea al cabo de éstos 350 días y 11 horas, es decir, más de un año de su existencia, dedicado á un inútil é improproductivo ejercicio; esto por supuesto se refiere á los hombres de sociedad que aman el aseo y cumplen como es debido con el ritual urbano que prescribe que las uñas deben llevarse limpias.

Fuera de esta desventaja, vamos á apuntar algunos otros defectos que nos las hacen aborrecibles.

La práctica nos enseña que debemos huir de todas aquellas gentes que esconden las uñas. En las manos de las mujeres, constituyen un arma; en las de los hombres una molestia.

Con las uñas se dan los pelliczos finitos, retorcidos, etc.; distinguiéndose entre las muchas variedades, los que llaman de *monja*, quizá porque hacen, como algunas de ellas, cardenas'es.

Tienen de parecido con las yerbas malas, el que es muy difícil destruirlas, pero no sirven como éstas siquiera para pasto, pues la educación nos prohíbe comérsolas.

Al diablo lo pintan con uñas; á buen seguro que nadie quisiera verse en las uñas de un gavilán; por las uñas conocen los tísicos su enfermedad; no hay cosa más desagradable que una majadura en una uña, y lo peor es que á pesar de ser tan malas no existen medios de librarse de ellas, ni enterrándolas, pues el dolor más vivo, más horrible que se conoce es el de una uña enterrada.

Salir uno libre de un peligro, equivale á decir que salió sin un arañón.

En todas partes están haciendo mal papel: en los vegetales, representadas en el bejuco llamado “uña de gato”, que es peor que la zarza; en los animales, es atributo de las fieras: león, tigre, suegra, etc.

Se puede caer en las orejas, en la boca, en la cabeza, en la espalda, en cualquier parte del cuerpo de un usurero, pero ay! del que caiga en sus uñas, porque no escapa con vida, ó al menos con bolsa.

Los inquisidores, tan duchos en inventar atrocidades, se divierten con sus víctimas, metiéndoles púas de caña entre las uñas y la carne, ó arrancándoselas, atendiendo, sin duda, á la necesidad de castigar á los herejes por tan mala parte.

Hago una excepción. Nada de esto reza con las uñas de marfil y rosa de mis bellas lectoras á quienes con respeto se las besaría, aún exponiéndome á un arañazo. Concluyo: las uñas para nada sirven, ni siquiera para formar un mal articulo, por lo que este queda á la disposición de los criticos que quieran meterle la uña, advirtiéndoles, eso sí, que yo uso las más agudísimas y filosas.

Y para concluir, quiero regalar al auditorio con un trozo en que no se sabe qué admirar más, si la naturalidad ó el colorido, un cuadrito digno de la pluma de Edmundo de Amicis, autor del *Diario de un Niño*, que demuestra la exquisita sensibilidad del poeta y que evoca los grandes horizontes marinos en el estrecho marco de oro de un cuento.

CUENTOS MÍOS

(EN EL MAR)

¿Qué sucede? pregunté acercándome á un grupo de pasajeros que rodeaban al mayordomo del vapor.

—Ha muerto un niño, me dijo, de una de las familias italianas que van en segunda, y advertía á estos señores que la ceremonia de arrojar el cadáver al agua, se efectuará en la tarde, á eso de las seis, por si quieren presenciar el espectáculo, que es á la par triste é imponente. En breve circuló la noticia, produciendo general emoción.

Sucede en el mar como en las cárceles. Los afectos brotan con prodigiosa espontaneidad, todos corremos el mismo riesgo y sobrecogidos por la idea

de un peligro probable, nos acercamos los unos á los otros con la afectuosa fraternidad del miedo.

En el mar no se conocen los misántropos; la falsa posición en que nos encontramos desde que la nave deja el puerto, suaviza todos los caracteres y pone en las almas como sed de cariño, un cariño interesado pero con la apariencia de la más franca sinceridad.

Volviendo al caso concreto, repito que la noticia apesadumbró todos los ánimos.

Hasta las más encopetadas *misses* bajaron á visitar á la familia infeliz, tomando para ello vivo interés, como si se tratara de verdaderos y viejos amigos.

Por lo que á mi toca, sentí hondamente la desgracia, sobre todo, cuando supe las circunstancias especiales de la pobre familia. El padre era ciego y ganaba la vida tocando violín; la madre, una napolitana de negros ojos tristes y grandes, echaba las cartas diciendo la buenaventura y un hijo como de nueve años, bailaba tarantela al són del violín, ó acompañaba á su padre con la pandereta. Una desgraciada familia vagabunda, unos verdaderos zingaros á pesar de su sangre latina. El muertecito era el último de los hijos y había nacido hacía apenas cinco meses.

Estos detalles me los daba la madre que sentada sobre un lío de ropa, tenía en su regazo el pequeño cadáver.

Al fin de la comida, cuando ya íbamos á abandonar la mesa, nos suplicó el capitán que certificáramos con nuestras firmas un documento que se nos presentaría después del entierro del niño, y que era la constancia de haber muerto aquí á bordo, de muerte natural, y de haber sido arrojado al agua.

Sin excepción alguna nos reunimos todos los pasajeros sobre cubierta, como á las cinco y media, para esperar la hora determinada por el capitán. Las señoras siempre amantes de la forma se ingeniaron del mejor modo posible y con cintas y flores de trapo arrancadas á sus sombreros, formaron guirnaldas y coronas. Venían á bordo como quince niños, á todos se les puso un crespón negro en el brazo y se les dividió en dos hileras formando valla por donde debía pasar el cadáver.

Apenas apareció éste sobre cubierta, el capitán tocó una campana y la máquina fué parada en el acto.

Hubo un detalle verdaderamente conmovedor, el difunto venía metido dentro de la caja del violín del viejo.

Un marino de cara hosca y barbudo, á horcajadas sobre la baranda, esperaba con una cuerda en la mano, al extremo de la cual había una gruesa bala de hierro.

Todos estábamos con las cabezas descubiertas. El capitán leyó el documento en el que se indicaba el nombre del muerto y el certificado del médico en que expresaba la enfermedad de que había sido víctima.

La madre sollozaba de hinojos al lado del extraño ataúd; el padre, con la cabeza levantada y los ojos abiertos con esa fijeza imperturbable de los ciegos, oraba; y el hermanito mordía el ala raída de su sombrerillo de fieltro que repasaba entre sus manos, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas flacas y pecosas.

Terminada la lectura del documento, el capitán dió el orden de liar la caja en una bandera italiana y atalarla á la cuerda de que ya hemos hecho mención.

La madre redobló sus sollozos, echándose sobre la caja que besaba con arrebatado mientras decía todas esas palabras mimosas que constituyen el vocabulario afectuoso de las madres: cielito, adoración, encanto, tesoro; y aferrándose á su presa gri-

taba con todos sus pulmones: no me dejes, llévame, llévame contigo!

Aunque la mayor parte de los circunstantes no entendíamos las palabras, el acento de pena profunda con que las pronunciaba, su aspecto desolado, su desesperación, contagiaron á todos, y á más de unos ojos acudieron las lágrimas.

Un paisano de la infeliz la separó casi á la fuerza del lugar, el niño condujo de la mano al ciego que se tambaleaba como un borracho.

Entonces la caja fué puesta sobre la barandilla. El capitán dió el orden y en el acto la lanzaron al aire. Todos estábamos echados de pechos sobre la baranda.

Fué la impresión de un segundo, pero terrible: primero el silbido de la bala al descender, enseguida el choque en el agua que salpicó con fuerza, luego una pequeña circunferencia que se reprodujo muchas veces agrandándose progresivamente, después algunos girones blanquecinos, pequeñas burbujas que estallaban á flor de agua y que acabaron por formar un copo de espuma, símbolo de aquella alma pura é inocente.

El cielo estaba espléndido, el mar tranquilo; en el línde indeciso del horizonte, el sol, en una soberbia apoteosis de llamas vivas, se hundía lentamente reflejando sobre el pequeño lomo de las olas tintes de oro rojo; era como una gran llanura inundada, movable, espejeante.

A mí, más poeta que mis compañeros, me pareció el sol un ojo inmenso enrojecido por el llanto; aquel mar lo formaban sus lágrimas. Era el ojo de un ciclope que lamentaba con nosotros aquel pesar ajeno, con esa piedad fraternal, profundamente humana que invade los corazones, bajo el cielo azul, y sobre la espantable soledad del océano.

Fué en 1894 cuando pude intimar con el simpático poeta en su bohardilla, que tal era su cuarto de soltero. No era bohemio, si le damos á esta palabra un mal significado. Ocupaba un puesto en la Administración. Era Oficial Mayor del Congreso, y como tenía á su cargo el Boletín Oficial, le tocaba corregir los discursos de nuestros Diputados. Recordaréis lo que al principio dije de sus reglas gramaticales y de su ortografía sui-géneris; pero la vida tiene estos contrastes, y á él le tocó en suerte enmendar la plana á los gazafatones que á su vez cometían los Padres de la Patria durante una buena temporada. Nos refería entonces en las veladas interminables que celebrábamos en su casa ó en el club, mil y una aventuras de sus recuerdos de Guatemala; recitaba poesías con cierto acento y tono melancólico que de pronto cortaba con el chiste inevitable, ó con su sonrisa contagiosa para todos. Nos hablaba de Gutiérrez Nájera, le encantaban entre otras composiciones, la Duquesa Job y Mariposas; y nos dió á conocer al bardo delicado, enfermizo y genial que se llamó Isaías Gamboa. "La Sonrisa del Retrato" en la boca de Aquileo tenía un encanto inolvidable.

Al recordar esas horas fugitivas de nuestra primera juventud, perdonad si he descendido á detalles quizás pueriles, pero me parece que parte de mí alma se mezcló entonces con la suya, y pago una deuda al decirnos cuál era su trato amable, expansivo y cariñoso, y cómo nos sentíamos inclinados á él, como por poderoso imán, los que tuvimos la dicha de conocerle.

Después se casó y se convirtió en un padre de familia, no el más ejemplar, pero sí padre cariñoso, prendado de sus hijos y de la gracia de la infancia. Lo atestan varias de sus composiciones poéticas y ninguna mejor que "La Plegaria de Isabel", ese cuadrito familiar que debería inspirar á los pintores y conservarse en la memoria de los niños.

*Te ruego, ángel de mi guarda,
que desciendas á mi alcoba
porque tienen las muñecas
mucho miedo de estar solas.
Que me digas un remedio
para Betty, la pelona;
le arrancó la gata el pelo
porque le jaló la cola.
El chinito por goloso
una mano tiene rota:
se subió al aparador
por el palo de la escoba;
me da lástima Kukito,
vé si puedes ponerle otra.
Ya me sé todo el bendito
y lo digo muy bien sola,
pero apenas me preguntan
no me acuerdo ni de jota.
Mándame una mata grande
de confites y melcochas,
de muñecas y vestidos,
de sombreros y de botas
y de cincoos y de dieces
y de cosas y más cosas.
Dí á la Virgen, ¡Pobrecita!
la enlutada, la que llora,
que se calle, que mañana
seré buena y estudiosa
y á la Iglesia iré á llevarle
muchos lirios, muchas rosas.*

Aquileo vivió en Heredia los últimos años y desempeñó un puesto importante: Bibliotecario de la ciudad. El sueldo era modesto y á la altura de su desempeño, lo que me recuerda los artistas pensionados por los monarcas de antaño, que nunca hicieron palidecer las magnificencias de un simple particular: Mecenas; pero debo agregar á guisa de comentario, que la Biblioteca de Heredia era un mito, y que el único libro de que tuvo que ocuparse Echeverría fué del suyo, que estaba en eterna preparación.

Animado por el estímulo de algunos de

sus compañeros y á iniciativa de Fernández Guardia y del General Villegas, reunió en un volumen sus poesías dispersas, y así fué como vió la luz al fin la primera edición de "Romances y Concherías".

La acogida que el público le dispensó, aquí que reina punible indiferencia por las letras, fué entusiasta. Aquileo quedó consagrado como uno de nuestros mejores poetas, y quizás como el único que sabía expresar en sus páginas el alma popular. A la inversa de algunos literatos que se imponen después de años de lucha al público rebelde en un principio á sus ideas, ó á su estilo, entre los cuales la figura más culminante es la de Emilio Zola, Aquileo se dejó influenciar por el público y por las ideas reinantes que existían en su medio ambiente. Dije antes que al escribir el "Rebocito Nuevo", de plano encontró su género, y es la verdad. En cuanto á la forma, el romance, verso fácil que se acomodaba á su indolencia característica; en cuanto al fondo, el asunto nacional que reclamaban los directores de la opinión y los que entre nosotros pueden llamarse maestros de la crítica.

El romance fué la forma primitiva de expresión de los poetas de nuestra lengua, y aunque hay alguno que es inmortal, nadie puede discutir que comparada esa composición con las mil formas encontradas después para los versos, particularmente por los poetas del grupo parnasiano francés que llevaron á la perfección su habilidad técnica, y en castellano por Rubén Darío y su grupo innovador, la manera de expresión de Aquileo es pobre y monótona y resulta, si la comparamos con la forma musical, como la melodía de las antiguas óperas de Italia en parangón con las ricas orquestas wagnerianas.

Por supuesto, que un lindo romance es siempre en su sencillez pastoril, una obra de arte delicada y exquisita; por ejemplo:

¿CÓMO FUÉ!

*¿Te acuerdas, Irene? . . .
Ha ya muchos años
una hermosa tarde
del florido mayo
en busca de nidos
salimos al prado;
tú estabas muy joven,
muy jóvenes ambos:
de nuestra inocencia
reían los pájaros.
Entre alegres juegos,
y charlas y cantos,*

al borde del bosque
corriendo llegamos.
Su sombra halagüeña
brindónos un árbol
cubierto de flores,
de nidos poblado;
y en verdas almohadas
que el césped lozano
tendiera á sus plantas,
los dos nos sentamos.

Allá en la ribera
el mar fatigado
desdobra sus olas
con lento desmayo;
el cielo semeja
un campo segado;
no hay nubes arriba,
no hay sombras abajo.
Naturaleza reposa,
dormitan los pájaros
soñando con frutas
de climas extraños.
De gala vestidos
estaban los campos,
hermosa la tarde,
¡y el césped tan blando...!

Me hablaste de amores,
de amores hablamos:
contaste una historia
que nunca he olvidado.
¡Estabas tan linda
con tu traje blanco,
con tu boca roja,
con tus ojos garzos!
La brisa pasaba
las flores besando;
mecíanse las rosas
cual los incensarios;
a-oma embriagante
llenaba los prados;
tú eras una niña,
yo tenía quince años;
los dos nos dormimos;
¡qué cosas soñamos!

Recuerdo tan sólo
que allá al despertarnos,
el mar, antes quieto,
rugía alborotado;
que el cielo risueño
mostrábase huraño;
que sombras extrañas
cruzaban el campo.
Llegamos corriendo,
volvimos despacio;
las que fueron risas,
tornáronse llantos,
porque la conciencia,
para atormentarnos,
repetía muy triste:
"¡Al pie de aquel árbol
dos ángeles bellos
se quedan llorando!"
La miel de los besos
borró nuestro llanto...
¡Oh dulce amargura
del primer pecado!

Afirmé también que la corriente que prevalecía en tiempo de Aquileo, preconizaba como el ideal á que debían dirigirse los esfuerzos de la juventud, la creación de una literatura nacional.

Aquileo publicó sus primeras *Concherrías* que contenían, en medio de su gracia y picardía que le eran peculiares, uno que otro lunar por la vulgaridad de ciertas expresiones; pero recibió tantos aplausos por estos ensayos, que lejos de enmendarse continuó impertérrito en sus nuevos romances, exagerando la nota en muchos de ellos, lo que en mi concepto fué una lástima.

Justamente, al aceptar del Comité de este Centro la insinuación para que hiciera un estudio sobre el malogrado poeta, pensé desde el primer instante venir aquí á formular mi protesta para que no se le confine en el modesto papel de un López Silva, cuyos libros contienen siluetas y lenguaje de los chulos madrileños. Que ninguno como él haya copiado del natural los gestos y los dichos de las gentes de nuestros campos, haciendo su libro de fácil lectura y comprensión para el pueblo, es muy cierto; pero que su único mérito, ó que los más preciados quilates de su fama estriben en ello, yo lo niego.

"Aquileo J. Echeverría, poeta, cantor del *concho*", dirán con su brevedad doctoral las enciclopedias de mañana, desconociendo lastimosamente en dos renglones el linaje y los fueros de su ingenio. Pero no ven los que tal empeño tienen que su figura se empuenece; que mediten estas palabras de Rubén Darío: "Desde luego demás está decir que para comprender algunas de las poesías de Echeverría se necesita un vocabulario especial".

No es, pues, en mi concepto por haber pintado con mano maestra al *concho*, al punto de crear el vocablo *concherría*, no es por esa su especialidad que el nombre de Aquileo está hoy rodeado de una aureola, sino porque en este país de agricultores y abogados poseía él cualidades auténticas de artista, porque, como dice el Doctor Zambrana, "no pedía prestada una lira sino que tocaba música en flauta silvestre que le pertenecía en toda propiedad"; porque, con otras palabras y acatando el precepto contenido en la brillante ocurrencia de un bardo francés, Aquileo pudo exclamar: "mi vaso será pequeño, pero yo bebo en mi vaso".

Y quiero agregar también que la tendencia de hacer literatura nacional como único norte, es falsa y puede ser perniciosa. Rubén Darío, que yo sepa, no conquistó sus galones en las letras cantando

á Nicaragua. Fernández Guardia, entre sus mejores obras puede enorgullecerse de "Hojarasca", y entre sus mejores páginas señalar la descripción de Sevilla; el doctor Zambrana pasará á la posteridad con su Poesía de la Historia, y afirmo, por lo que á mí toca, parodiando á los italianos: ver Nápoles y morir después, que yo habría querido escribir la necrología de Renán y romper la pluma después.

Ampliando todavía la idea y remontándonos á grandes horizontes, el gran poeta Mistral, creador de Mirella, que no quiere abandonar el campanario de la aldea que lo vio nacer, para no perder de vista el cielo azul de su Provenza, goza de legítima y envidiable popularidad, pero nada gana ella por cierto, por que sus admirables poesías estén vaciadas en dialecto y tengan que ser muchas veces en manos de los traductores traicionadas; yo contemplo á Hugo, el Carlo Magno de la poesía y en nuestros tiempos á Richepin y á Rostand, cuyas figuras de grandes líricos el mundo entero conoce y admira, y pregunto: ¿quién ha puesto diques á los vuelos de su inspiración, quién les ha hecho reproches porque sus dramas, cantos ó leyendas no sean genuinamente nacionales? ¿Es que el agua de aquel bíblico pozo sombreado por las higueras de Samaria no mitigó acaso la sed de poesía del autor francés? ¿ó la clásica fuente Castalia que brotó en tierra griega no ha sido el manantial purísimo de inspiración desde los tiempos de Homero?

Reconocemos, pues, por nuestra parte, que la tendencia nacionalista es buena, en tanto que puede servir para alentar la originalidad de los autores, pero que la exageración es un yerro; y volviendo al tema de nuestra conferencia, creemos que fué una lástima impulsar á Aquileo en un sólo sendero.

Su joven musa, fresca, llena de vida y de atractivos pecó por exceso de familiaridad; pero se hacía perdonar su defecto como esas mozas de semblante tal vez demasiado trigueño, ó de facciones incorrectas, que poseen, sin embargo ojos de deslumbrante mirada, ó sonrisas que parece acariciar, tal fué su literatura que sin ser impecable tiene dos prendas dominantes: la sensibilidad y la gracia; ejemplos en prosa: Marta y Acuarelas.

ACUARELAS

El chalet es pequeño y gracioso, con sus corredores protegidos por grandes aleros, encajes de madera donde el toruo ha dibujado caprichosos escorzos, curvas imposibles, rarísimas figuras, monstruos, hojas, flores; con sus ventanas cuajadas de macetas, sus ladrillos rojo vivo, contrastando con el celeste pálido de las puertas; con su saloncito cubierto de gobelinos, con su piano, jaula negra donde duermen los pájaros de la armonía, sus otomanas forradas de seda carmesí, sus confidentes enfundados en camisolas de encajes, sus alfombras pobladas de caprichosos paisajes, sus grandes espejos venecianos, sus cortinas crema recogidas por lazos azules, sus jarrones de bronce, sus amocillos dorados de abultado abdomen y gesto picaresco, sus cuadros y sus candelabros de cristal, donde la luz ríe y juguetea.

Un verdadero nido, en fin; una jaulita, un juguete habitable donde viven cinco personas: marido y mujer, la niña, y dos viejas criadas.

Al frente del chalet hay un hermoso jardín.

Grupos de lilas y rosas blancas, grandes manchas de violetas, maridajes de pensamientos y margaritas y en el centro, cercado de nardos, un grupo de lirios, místicos sacerdotes que brindan al cielo en su cáliz blanco, la miel y el aroma; rosas encendidas que semejan labios virginales, coposos naranjos coronados por un enjambre de azahares, nieves de mayo, mariposillas airosas que agarradas á la hoja verde parecen diamantes incrustados en esmeraldas. En el centro un surtidor del que se desprende cantando el agua, en un tazón de bronce en que se estrechan los «no me olvides», esas florecillas azules, que hablan del amante ausente y hacen pensar en los ojos de las heroínas alemanas que aparecen en las baladas de Heine, en que el verso canta y gime y tiene vida y alma.

A un lado, el pequeño invernadero, prisión de las plantas extranjeras, donde el terebinto suspira por su Nilo y el clavel americano languidece huérfano del calor tropical y de la savia de la tierra virgen.

Al otro, una pequeña glorieta en cuyos parrillos de alambre se agarran por todos lados, con sus dedos verdes, las campanillas azules, las madreselvas y el rosado cundi-amor. Fresca cueva donde el silencio meditaba acurrucado, precioso nido hecho para el amor misterioso, que gusta de la sombra, que hurta el beso y esquivo la luz.

Fras la casa hay una pequeña huerta y en el fondo una arboleda.

Sofía ha cumplido quince años. Al levantarse de la mesa la mamá le muestra una caja traida por el padre desde París y que contiene algunos trajes. Son para ti, le dice; mañana vestirás de largo; tu primo llega y no es conveniente que una niña de tu edad ande todavía mostrando las pantorrillas.

Ella abre tamaños ojos y pregunta el por qué. Le responden con un «porque sí» y la mandan á jugar.

Ejemplo en verso:

CUATRO FILAZOS

*Ambos son de alma templada,
mozos ambos y fornidos;
no hay diferencia en edades,
ni en la guapeza y el brío.
Iguales son en donaire;
en coraje son lo mismo,
é idénticas las realeras
en el tamaño y el filo.
Por la bella Marcelina,
la nieta de ñor Jacinto,
á darse cuatro filazos
los dos mozos han salido.
Escogen para el combate
la Vega de los Molinos,
y á la luna silenciosa
tienen sólo por testigo;
no crazan una palabra
durante el largo camino;
cada cual piensa en la madre,
en el padre, en el amigo . . .
y los dos en la muchacha
causadora de aquel cisco.
Tristes son sus pensamientos,
pero marchan decididos,
porque los hombres valientes
no suelen ser reflexivos.
Una vez que al campo llegan
y ya puestos en el sitio,
tiran chaqueta y sombrero
sobre un pedrusco vecino.
— ¿Me perdonás si te mato?
— ¡Está claro! ¿y vos?
— Lo mismo.
— Pues si querés empezamos.
— Empezemos, Secundino.
A un tiempo de la ancha vaina
sacan ambos los cuchillos,
que á los rayos de la luna
despiden siniestro brillo.
Si uno avanza el otro ceja:
ya están distantes, ya unidos;
saltan, gritan, vuelven, zafan,
fieros, resueltos, bravios . . .
Los aceros al chocar
producen extraños ruidos,
y la claridad incierta
pueblan de rayos fatidicos . . .
Rueda el pobre Juan de Dios
sin exhatar un gemido . . .
Piensa un instante en sus padres,
en su adorada y en Cristo,
y entra al reino de la Muerte
tan sereno, tan tranquilo,
como en los brazos maternos
se duerme el cándido niño.*

•••
*El sol de la mañana
alumbra su cuerpo frío,
y bebe la sangre roja
que mano airada ha vertido,
para colorear sus mantos
por el tiempo desteñidos.*

Por una razón ó por otra el poeta fué popular y mimado. Ya en sus últimos tiempos, cualquiera de sus composiciones entregada á los diarios, era un día de fiesta para el coro de sus admiradores. Venía de Heredia raras veces á contarnos sus angustias ó sus proyectos risueños; según el día, se acercaba á alguna oficina de redacción, y requerido para el caso ó de oficio, como decimos los abogados, rimaba un epigrama. Aquella ligera estrofa, aguda como una saeta, volaba y volaba, provocando por todas partes risas y comentarios. Todos recordamos la que escribió contra los diputados á propósito de la decoración y pintura del Palacio Nacional, y aquella salida que no fué del gusto del Presidente:

*Lo que á mí me ha sucedido
á nadie le sucedió,
que en la Junta de Notables
me cacharon el reló.*

Y aquel alfilerazo, con que prendió á la Corte de Arbitraje Centro-americano como si fuera mariposa clavada en la pared:

*Se dice que la Corte
que finge en tierra cutaga,
es como el pez en el agua:
come, bebe, duerme y . . . nada!*

Y aquella célebre posdata, cuando se dijo que había tenido la fortuna de ganar un premio en la lotería y le reprochaba el sastre que no cancelaba una cuenta: «lo que á mí extraña es que á Ud. le extrañe eso.»

Ah! Sus cuentas no anduvieron muy bien paradas en ninguna de sus peregrinaciones. Recuerdo que una señora dueña de

un boarding en Guatemala, después de preguntarme mucho por Aquileo, decía sonriente: él no me pagaba, pero si vuelve, tendrá aquí hospitalidad de nuevo, porque posee un secreto inimitable para hacerse perdonar sus deudas. En Guatemala también, cuando al salir de las reuniones ó del Teatro y para mitigar un poco el frío, alguno levanta la solapa, al punto exclaman los de la tierra: «lleva Ud. el sobretodo de Aquileo?»

Tras la casa hay una pequeña huerta y en el fondo una arboleda.

Sofía ha cumplido quince años. Al levantarse de la mesa la mamá le muestra una caja traída por el padre desde París y que contiene algunos trajes. Son para ti, le dice; mañana vestirás de largo; tu primo llega y no es conveniente que una niña de tu edad ande todavía mostrando las pantorrillas.

Ella abre tamaños ojos y pregunta el por qué. Le responden con un «porque sí» y la mandan á jugar.

Ejemplo en verso:

CUATRO FILAZOS

Ambos son de alma templada,
mozos ambos y fornidos;
no hay diferencia en edades,
ni en la guapeza y el brio.
Iguales son en donaire;
en coraje son lo mismo,
é idénticas las realesas
en el tamaño y el filo.
Por la bella Marcelina,
la nieta de ñor Jacinto,
á darse cuatro filazos
los dos mozos han salido.
Escogen para el combate
la Vega de los Molinos,
y á la luna silenciosa
tienen sóla por testigo;
no cruzan una palabra
durante el largo camino;
cada cual piensa en la madre,
en el padre, en el amigo . . .
y los dos en la muchacha
causadora de aquel cisco.
Tristes son sus pensamientos,
pero marchan decididos,
porque los hombres valientes
no suelen ser reflexivos.
Una vez que al campo llegan
y ya puestos en el sitio,
tiran chaqueta y sombrero
sobre un pedrusco vecino.
— ¿Me perdonás si te mato?
— ¡Esta claro! ¿y vos?
— Lo mismo.
— Pues si querés empezamos.
— Empesemos. Secundino.
A un tiempo de la ancha vaina
sacan ambos los cuchillos,
que á los rayos de la luna
despiden siniestro brillo.
Si uno avanza el otro ceja;
ya están dislantes, ya unidos;
saltan, gritan, vuelven, zafan,
fieros, resueltos, bravios . . .
Los aceros al chocar
producen extraños ruidos,
y la claridad incierta
pueblan de rayos fatídicos . . .
Rueda el pobre Juan de Dios
sin exhalar un gemido . . .
Piensa un instante en sus padres,
en su adorada y en Cristo,
y entra al reino de la Muerte
tan sereno, tan tranquilo,
como en los brazos maternos
se duerme el cándido niño.

• • •
El sol de la mañana
alumbra su cuerpo frío,
y bebe la sangre roja
que mano airada ha vertido,
para colorear sus mantos
por el tiempo desteñidos.

Por una razón ó por otra el poeta fué popular y mimado. Ya en sus últimos tiempos, cualquiera de sus composiciones entregada á los diarios, era un día de fiesta para el coro de sus admiradores. Venía de Heredia raras veces á contarnos sus angustias ó sus proyectos risueños; según el día, se acercaba á alguna oficina de redacción, y requerido para el caso ó de oficio, como decimos los abogados, rimaba un epigrama. Aquella ligera estrofa, aguda como una saeta, volaba y volaba, provocando por todas partes risas y comentarios. Todos recordamos la que escribió contra los diputados á propósito de la decoración y pintura del Palacio Nacional, y aquella salida que no fué del gusto del Presidente:

Lo que á mí me ha sucedido
á nadie le sucedió,
que en la Junta de Notables
me cacharon el reloj.

Y aquel alfilerazo, con que prendió á la Corte de Arbitraje Centro-americano como si fuera mariposa clavada en la pared:

Se dice que la Corte
que finge en tierra cartaga,
es como el pez en el agua:
come, bebe, duerme y . . . nada!

Y aquella célebre posdata, cuando se dijo que había tenido la fortuna de ganar un premio en la lotería y le reprochaba el sastre que no cancelaba una cuenta: «lo que á mí extraña es que á Ud. le extrañe eso.»

Ah! Sus cuentas no anduvieron muy bien paradas en ninguna de sus peregrinaciones. Recuerdo que una señora dueña de

un boarding en Guatemala, después de preguntarme mucho por Aquileo, decía sonriente: él no me pagaba, pero si vuelve, tendrá aquí hospitalidad de nuevo, porque posee un secreto inimitable para hacerse perdonar sus deudas. En Guatemala también, cuando al salir de las reuniones ó del Teatro y para mitigar un poco el frío, alguno levanta la solapa, al punto exclaman los de la tierra: ¡leva Ud. el sobretodo de Aquileo!

Decidme, no parecen estos rasgos tomados de una página de la Bohemia de Murger cuyo héroe principal, Rodolfo, tiene más de un punto de contacto con el poeta de Costa Rica? También el episodio de su muerte me parece semejante á las últimas escenas de la pieza que Puccini ha idealizado con su música vibrante. Las mismas esperanzas, las mismas ilusiones, el ensueño que aún tiene alas, no obstante la bruma, la escasez y la tristeza desolada del invierno.

Cuando le vi la última vez, la idea de conocer París, aun á vuelo de pájaro, aun desde la ventana de un sanatorio, le hacía agitarse en su lecho, olvidando sus dolores. Estaba muy pálido, demacrado, envejecido prematuramente; de su simpática presencia quedaban sus ojos, que chispeaban siempre como escondiéndose, sobre todo cuando reía, y su palabra cordial, como de costumbre, me revelaba su íntima satisfacción por el decreto del Congreso—que no le guardaba rencor por su epigrama—y que le acordaba con qué marchar á Europa en busca de salud.

He aquí una página conmovedora. Una carta escrita muy poco antes de su muerte, que nos revela, en medio de tantas amarguras, al hombre de corazón.

"Barcelona, 1.º de enero de 1909.

Sra. D.^a (etc.)

Queridísima...

Desde el día 20 de noviembre último estoy en esta ciudad. Me vine de París huyendo al frío, que me causaba mucho mal.

El Sanatorio es un palacio suntuoso, con jardines esmeradamente cuidados: los cuartos son muy cómodos y elegantes, y el servicio está á cargo de hermanas de la caridad, que son verdaderos ángeles llenos de abnegación y de bondad. En esta casa estoy desde entonces. Aquí pasaré mi convalecencia, y aunque sane, los días que tenga que permanecer en Barcelona.

Volviendo á mis males, le diré que me parece tan grave que hubo necesidad de beatificarme. Quiso Dios que no me muriera y hoy sigo mejor, pero en un estado de debilidad espantoso (perdone). Desde hace cuatro días me permiten levantarme una hora cada día. Cree el Doctor que para recuperar mis fuerzas y estar en estado de embarcarme, necesito

permanecer en esta casa bajo una estricta disciplina en la alimentación, lo menos de dos á tres meses. Ahora bien, voy á pintarle mi situación.

Hoy, primero de enero, celebramos el año nuevo todos ó casi todos los enfermos de esta casa comulgando. Los que están en estado de bajar, en la capilla, y los que no podemos salir, en nuestras habitaciones. La ceremonia era al par imponente y conmovedora: todas las hermanas concurren al acto llevando cada una una vela de cera muy grande y encendida. Con mucho primor arreglan una mesa en que colocan un Cristo que es una verdadera obra de arte, detrás de él grandes jarrones llenos de flores y palmas y al lado dos candelabros de oro. Antes de llegar el padre, tuve un par de impresiones muy extrañas.

Las ventanas estaban cerradas, y la luz de las velas al resbalar sobre el cuerpo del Redentor, oscilaba ligeramente y daba por resultado que parecía con toda claridad que el Cristo respiraba; tenía tentación de levantarme y auscultarlo. La segunda fué producida por lo siguiente. Roció con agua de Colonia una hermana la mesa y se fué. Volví á ver el Cristo y una gotita de agua se había prendido en uno de sus párpados y finjía una lágrima.

No pude menos de exclamar lleno de fe y conmovido hasta el fondo de mi alma: ¡El Señor llora por mí! ¡Ya estoy salvado! y lágrimas de gratitud y de alegría brotaron de mi corazón." (Se conoce que al escribir esto, estaba emocionado: pues en el original se advierte una mancha de tinta más clara en la p del «por mí»; sin duda rodó una lágrima del que escribía, y mezclada con la tinta de la p, aparece la letra casi borrada y la mancha más transparente que la tinta de las letras posteriores).

«Alguna vez he de pintar yo en prosa ó en verso, cuando tenga mi cabeza despejada, esta escena, que dejará memoria en mi espíritu mientras viva, y á Ud., mi buena y santa... se la he de dedicar".

Después concluye así: «Deseo á Ud. y á todos un feliz año nuevo, millonario en prosperidades y venturas.

La abraza de todo corazón su afectísimo (pone el grado de parentesco).

Cuando empezaba á asomar su cabecita virginal la primavera, el 11 de marzo de 1909; cuando el sol de España vertía ya sobre la tierra entumecida sus alegres rayos, al punto de que pudo engañarse y

creer que estaba de nuevo bajo el cielo patrio, entonces, como si hubiera escogido la hora, se despidió del mundo nuestro poeta.

En el número especial de un diario, que sus amigos dedicamos á su memoria, dije entonces que Aquileo derrochó sus mejores años con mano regia, como Alfredo de Musset, el idolo de los jóvenes de Francia, y que su vida, no obstante el mérito de sus poesías, es la más bella de sus ficciones.

Perdonad mi pálido relato que voy á terminar. En medio de la monotonía que

aquí reina, Aquileo fué de los pocos escogidos que sabían romperla y que tenía el dón, con sus escritos, ó con lo que llamábamos sus *cosas*, de hacer amable y amena la existencia.

Fué un noble muchacho, predilecto, no de la marmórea Pallas, la diosa grave que ha dado á los hombres la razón y la equidad, pero sí de Venus, la olímpica encarnación de la gracia, cuya sola presencia es causa de simpatía y de perenne regocijo. Por eso tuvo él dos cultos en cuyos altares, fiel á su deidad, sacrificó su vida: el amor y la belleza.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

CAMPESINAS

LA PEDIDA DE LA NOVIA

—Juanita, ¿está ñor Gaspar?

—*Dentrá*, Chepe; está cenando;

¿venís á . . . ?

—Sí, pero tengo

mucho miedo!

—¡Qué *pasmao!*

Si á ninguno se ha comido;
dentrá, yo me salgo al patio.

—Buenas noches, ña Tomasa;

y ñor Gaspar ¿cómo se halla?

—Muy bien, Chepe, aquí lo tenés.

—¡Ola, hombre, ¿qué hacen tus tatas?

—*Pos* hasta *lora* muy buenos;

¿y *usté?*

—*Alentaos*, muchas gracias,

—*Pos*, señores, yo venía
con su permiso, á *deciles*,
que si gustan Dios y ustedes, . . .

—Diga, ¡no se desanime!

—que yo . . . me case . . . con Juana . . .

—Esos son otros *decires!*

Tomasa, ¿que te parece?

—Y qué *querés* que te diga?

—Juanal

—Señor! Allá voy.

—¿Qué le *respondés* á Chepe,
que para esposa te pide?

¿vos lo querés?

—La verdad,
yo sí lo quiero.

—Pues miren,
yo nada sabía del caso.

¿Y vos, Tomasa?

—*Decires*

y nada más.

—Y tus tatas

serán gustosos: ¿qué dicen?

—Que ya podía estar casao
en siendo con Juana Víquez.

—Pues, hijos, si Dios lo quiere,
cásense y Él los bendiga.

—Pues *bajaremos* el sábado
á donde el cura.

—¡Que á prisa!

—Si no me faltaba más.

—Carastas! Qué familia!



Don Anastasio Herrero Vitoria

ACTUALIDADES

Exposición agrícola.—Comienza hoy nuestra crónica aplaudiendo y congratulando á los organizadores de este torneo, del cual tantos y tan prácticos bienes cosecha el país. Nuestra gratitud—porque es gratitud lo que se debe á estos señores—corresponde especialmente á los Ingenieros don Enrique Jiménez Núñez, Subsecretario de Fomento, y don Federico Peralta, quienes con un desinterés y un entusiasmo plausibles, asociados de varios miembros de la Sociedad Nacional de Agricultura, han puesto todo su talento y toda su actividad al servicio de la prosperidad del país por medio de la agricultura.

El Poder Ejecutivo, á cuyo frente se halla un hombre genuinamente agricultor, á fin de hacer notar á todo el mundo la importancia de la mencionada Exposición, declaró feriado el día lunes 3 del corriente, por cuyo motivo el simpático y vecino pueblo de Guadalupe—lugar del Campo de Ensayos—se vió ese día sumamente visitado: los carros del tranvía eran insuficientes para conducir á los visitantes, entre los que se contaban el señor Presidente de la República y altos dignatarios del Estado. Repetimos nuestros aplausos á los organizadores y felicitamos á las personas favorecidas con premios, que ven así recompensado y estimulado su afán por mejorar.

Don Agustín Gutiérrez, miembro distinguido de la sociedad Josefina, falleció el lunes 3 del corriente. Rogamos por su eterno descanso y presentamos nuestra sincera condolencia á su hoy triste familia.

Igualmente nos asociamos al pesar que embarga á la familia del señor Salvador Sáurez, vecino connotado de Mata Redonda, fallecido también en esta semana.

El tenor Salazar.—Indudablemente, dadas las condiciones artísticas del novel tenor y los ruidosos y alentadores triunfos últimamente obtenidos aquí, en adelante ya no se podrá hablar de él diciendo *don Manuel*, ó el *señor Salazar*, sino, como de los genios: *Salazar* ó el *tenor Salazar*, á secas.

Imposibilitados para asistir á la velada del domingo 2 del corriente, dada por Médico en el Nacional, acudimos sí á la que á instancias de la Sociedad de Señoras de

San Vicente de Paúl, organizó para el jueves 6. No imaginábamos, habiéndolo conocido desde el principio de su carrera, que hubiera hecho tan rápidos y seguros progresos el tenor. La potencia, la fuerza de su voz es inusitada, así como la dulzura y la expresión son notables; pero lo que más nos llamó la atención, por ser, á nuestro juicio, lo más difícil para un principiante, fué la facilidad que ha adquirido para dominar la fuerza de emisión, dando gusto oírle al pasar del *forte* al *piano* ó viceversa, por la graduación precisa—y preciosa—con que lo hace, *portando* admirablemente hasta llegar al *tenuto*, el cual en las notas agudas se interrumpe por la espontaneidad de los aplausos, aplausos que esta Revista quisiera poder multiplicar, para ofendrarlos al amigo.

De la señorita Luisa Montero, ha tiempo este cronista formóse el concepto de que es la mejor cantante del país, por lo que es ocioso detenerse á prodigarle un aplauso que tiene siempre seguro por lo tan meritoriamente conquistado.

Y para juzgar al admirado y simpático violinista Cardona, no son nuestras facultades bastantes para ello. Ampliamente reconocido como un *virtuoso* de primer orden, á nosotros sólo toca agradecerle los momentos gratísimos que nos ha hecho pasar en las regiones de lo ideal.

Pero si vaya para el siempre entusiasta Maestro Vargas Calvo—mi querido Maestro—*alma mater* hoy y siempre de esta clase de fiestas, mi aplauso y mi ilimitada y creciente admiración por su talento organizador, por su desinterés y por el *amor* con que desempeña su artístico cometido, casi siempre árduo.

En general, ambos conciertos han proporcionado á nuestra culta sociedad delicados minutos de emoción y han servido para la consagración por nuestro público—digámoslo así—del tenor Salazar, quien al partir á officiar en los altares del arte en otras tierras, debe sentirse altamente conmovido y decidido á luchar por esta Costa Rica, que no le ha escatimado su aplauso ni su voz de aliento.

Más efusivo que el que al llegar le dimos, enviamosle con estas líneas un muy estrecho y caluroso abrazo.



D. Manuel E. Araujo.—Este distinguido hombre salvadoreño—de quien damos aquí su retrato—acaba de ser elevado á la Presidencia de la siempre querida hermana República. De antecedentes clarísimos, querido del pueblo y animado por grandes ideales, parece que ha comenzado su gobierno bajo muy buenos auspicios.

Este cronista, que se interesa vivamente por cuanto atañe al progreso y á la cultura de los países centroamericanos, y admirador sincero—ha ya bastante tiempo—del carácter levantado y dotes generales del Dr. Araujo, se complace en felicitar al pueblo salvadoreño y en desear al noble mandatario el mayor acierto en sus gestiones.

Taller de Fotograbado.—Don Próspero Calderón, cuyos trabajos como fotograbador han sido tan justamente admirados aquí y en el exterior, ha resuelto radicarse de nuevo entre nosotros, y al efecto ya ha abierto su taller, el cual pone á la orden de cuantos quieran favorecerle y de cuantos sepan apreciar sus esfuerzos en pro del arte. Recibe órdenes para la ejecución de trabajos en la Librería Lehmann y en la nueva y acreditada *Imprenta del Comercio*, en donde se imprime y tiene su despacho esta Revista. Las citadas casas—las de los señores Lehmann y Rius ya cuentan con un taller de fotograbado para complacer debidamente las exigencias de sus clientes.

Miguel Angel Casal, el talentoso y joven amigo nuestro, ha sido incorporado al

cuerpo de Redacción del siempre culto colega *La Prensa Libre*, diario que indudablemente sacará provecho de la juventud y los bríos del estudioso escritor. Felicitamos al compañero Casal por el merecido honor que se le ha hecho.

D. Anastasio Herrero Vitoria.—Engalanamos hoy una de nuestras planas con el retrato de este distinguido y probo comerciante español ha tiempo establecido en San José y actual propietario del acreditado almacén conocido con el nombre de «Al Siglo Nuevo». Se halla ahora el señor Herrero en París, gestionando con banqueros franceses el arreglo de la deuda interior de Costa Rica, para lo cual parece ha conseguido con algunos de ellos la suma de treinta y cinco millones de francos, en condiciones altamente favorables para el Estado. Que así sea para bien de él y del país y de nuestro muy activo é incansable Presidente de la República, señor Jiménez Oreamuno; son nuestros deseos.



Leonidas Briceño.—Si alguna vez hemos dicho de alguien que es una esperanza, ninguna tan sincera y cabal aplicación del vocablo habremos hecho, como hablando de este joven periodista. Y no es que él aún no haya dado frutos, sino que vista su ju-

ventud, pesado su talento y demostrado su patriotismo, hay derecho á esperar de él—y aun á exigirle—una cosecha abundante en honores para Costa Rica. Esto lo decimos á propósito de su nombramiento para Encargado de Negocios de Costa Rica en Nicaragua—la ardiente y rica tierra de Darío, el orfebre exquisito é inimitable—nombramiento celebrado por toda la prensa y por cuantos reconocen la importancia del cargo. Que el Director de *El Noticiero* una á esos aplausos los nuestros, tan sinceros como merecidos.

Cierre.—Todas las instituciones bancarias de esta capital tendrán cerradas sus oficinas el Sábado Santo, 15 del corriente.

Teatro Nacional.—Hoy el anunciado estreno de la Compañía Lambardi con la ópera *Tosca*.

Sábado Santo.—Ojalá el Gobierno acceda á los justos deseos de los empleados públicos de que se declare feriado el Sábado Santo. Son muchas las excursiones de que tenemos noticia se celebrarán en esos días, siempre que se pueda contar con el asueto del sábado. Es probable que el Gobierno acceda, ya que también son muchas las empresas particulares que cierran ese día.

Biblioteca Domenech.—Doce tomos de tan popularísima biblioteca sorteará esta Revista entre todos los suscritores que mañana lunes 10 de abril tengan pagado el abono á los números 275-78.

Número extraordinario.—Como tal conceptualmos el que tenemos el gusto de presentar á nuestros numerosos lectores. Esta empresa, en su afán de contribuir en la medida de sus facultades y en cumplimiento de su programa, á cuantas manifestaciones artísticas, literarias y sociales sea necesario, no ha vacilado, tratándose de Aquileo y del Club Alfonso XIII, en ofrecer sus columnas al prestigioso literato don Alejandro Alvarado Quirós, cuya sola firma aquí ya es motivo de orgullo para nosotros—para publicar la preciosa conferencia que relativa al poeta fallecido, pronunció en aquel centro que es toda vida. Y la mayor satisfacción que por ello pudiera cabernos, nos es sólo la del deber cumplido, sino también el aprecio que de nuestra labor hagan los abonados y lectores. Con el favor de ellos no tenemos inconveniente en hacer de vez en cuando estos pequeños sacrificios pecuniarios; pequeños, ciertamente, pero sacrificios al fin.

Don César Nieto, el ameno escritor tan conocido por nuestros lectores, acaba de llegar á Costa Rica, procedente de España. Lo acompaña su señora esposa. Esta Revista, que le está obligada, lo saluda fraternalmente y le recuerda que sus columnas siempre se enorgullecen con su firma.

Don Gerardo Montealegre, esposo de la señora María Pinto, ha fallecido, por lo que damos sentido pésame á la afligida viuda y demás familiares del apreciable caballero.

JAR.

POSTRES

—Que haces tú cuando recibes un anónimo?

—Lo rompo sin abrirlo siquiera.

* * *

—Es cierto que los hombres casados duran más que los solteros?

—No; pero la vida les parece más larga.

* * *

—El perro de Julio es más inteligente que su dueño.

—Eso no es extraño: yo tuve uno exactamente igual.

* * *

—Yo estoy convencida, Rafael, de que para una mujer honrada el amor y la infidelidad son dos líneas paralelas.

—De acuerdo, Consuelo. ¡Por eso no se juntan nunca!

* * *

No me pruebes por favor tu cariño, dulce amada, porque yo sé que en amor las pruebas no prueban nada.

* * *

Una esposa le dice á su marido, que es tuerto:

—Si yo muriese, tú no me llorarías como yo te lloraré á ti si tú murieses.

—Cómo lo sabes?

—Porque estoy segura de que tú solamente me llorarás con un ojo.

ventud, pesado su talento y demostrado su patriotismo, hay derecho á esperar de él—y aun á exigirle—una cosecha abundante en honores para Costa Rica. Esto lo decimos á propósito de su nombramiento para Encargado de Negocios de Costa Rica en Nicaragua—la ardiente y rica tierra de Darío, el orfebre exquisito é inimitable—nombramiento celebrado por toda la prensa y por cuantos reconocen la importancia del cargo. Que el Director de *El Noticiero* una á esos aplausos los nuestros, tan sinceros como merecidos.

Cierre.—Todas las instituciones bancarias de esta capital tendrán cerradas sus oficinas el Sábado Santo, 15 del corriente.

Teatro Nacional.—Hoy el anunciado estreno de la Compañía Lambardi con la ópera *Tosca*.

Sábado Santo.—Ojalá el Gobierno acceda á los justos deseos de los empleados públicos de que se declare feriado el Sábado Santo. Son muchas las excursiones de que tenemos noticia se celebrarán en esos días siempre que se pueda contar con el sueldo del sábado. Es probable que el Gobierno acceda, ya que también son muchas las empresas particulares que cierran ese día.

Biblioteca Domenech.—Doce tomos de tan popularísima biblioteca sorteará esta Revista entre todos los suscritores que mañana lunes 10 de abril tengan pagado el abono á los números 275-78.

Número extraordinario.—Como tal conceptuamos el que tenemos el gusto de presentar á nuestros numerosos lectores. Esta empresa, en su afán de contribuir en la medida de sus facultades y en cumplimiento de su programa, á cuantas manifestaciones artísticas, literarias y sociales sea necesario, no ha vacilado, tratándose de Aquileo y del Club Alfonso XIII, en ofrecer sus columnas al prestigiado literato don Alejandro Alvarado Quirós, cuya sola firma aquí ya es motivo de orgullo para nosotros—para publicar la preciosa conferencia que relativa al poeta fallecido, pronunció en aquel centro que es todo vida. Y la mayor satisfacción que por ello pudiera cabernos, nos es sólo la del deber cumplido, sino también el aprecio que de nuestra labor hagan los abonados y lectores. Con el favor de ellos no tenemos inconveniente en hacer de vez en cuando estos pequeños sacrificios pecuniarios; pequeños, ciertamente, pero sacrificios al fin.

Don César Nieto, el ameno escritor tan conocido por nuestros lectores, acaba de llegar á Costa Rica, procedente de España. Lo acompaña su señora esposa. Esta Revista, que le está obligada, lo saluda fraternalmente y le recuerda que sus columnas siempre se enorgullecerán con su firma.

Don Gerardo Montealegre, esposo de la señora María Pinto, ha fallecido, por lo que damos sentido pésame á la afligida viuda y demás familiares del apreciable caballero.

JAR.

POSTRES

—Que haces tú cuando recibes un anónimo?

—Lo rompo sin abrirlo siquiera.

* * *

—Es cierto que los hombres casados duran más que los solteros?

—No; pero la vida les parece más larga.

* * *

—El perro de Julio es más inteligente que su dueño.

—Eso no es extraño; yo tuve uno exactamente igual.

* * *

—Yo estoy convencida, Rafael, de que para una mujer honrada el amor y la infidelidad son dos líneas paralelas.

—De acuerdo, Consuelo. ¡Por eso no se juntan nunca!

* * *

No me pruebes por favor tu cariño, dulce amada, porque yo sé que en amor las pruebas no prueban nada.

* * *

Una esposa le dice á su marido, que es tuerto:

—Si yo muriese, tú no me llorarías como yo te lloraría á ti si tú murieses.

—Cómo lo sabes?

—Porque estoy segura de que tú solamente me llorarás con un ojo.

"La Costarricense" - Fábrica de Sellos de Caucho

La única premiada
... en este país ...

Dirigir las órdenes a su propietario y fundador
TEÓFILO SIBAJA G. - Alajuela, Costa Rica

Parece una joven de 18 años

Esta inteligente Señora no tiene una arruga en su cara. Ella ha descubierto un método maravilloso y sencillo que produce en su rostro un cambio admirable en una sola noche. Para quitar las arrugas y desarrollar el busto su método es prodigiosamente rápido.

Ella se hizo a sí misma la mujer que es hoy y produjo el portentoso cambio en su apariencia de un modo reservado y agradable. Su tez es clara y fresca como la de una niña. Ella convirtió su figura huesosa en un busto hermoso y formas bien desarrolladas. Tenía pestañas y cejas tan poco pobladas, que apenas podían verse y ella las hizo largas, espesas y hermosas con su propio método.

Vd. puede imaginar su gozo, cuando con su descubrimiento sencillo quitó de su rostro todas las arrugas y desarrolló su cuello delgado y formas a bellas proporciones.

Nada se introduce en el estómago, no se usan caretas ó masajes ordinarios, ni parches dañosos ó cremas sin valor. Con su nuevo procedimiento, quita las arrugas y desarrolla todo su cuerpo.

Es asombroso el número considerable de Señoras que escriben respecto á los maravillosos resultados de este nuevo tratamiento de belleza que está embelleciendo sus rostros y figuras, después que todos los otros métodos han fracasado.

Mary Merritt, de Wis., E. U. de A., escribe que sus arrugas han desaparecido completamente. Miss Hanson dice que su cuerpo se ha desarrollado hermosamente y que las arrugas han desaparecido. Mrs. Markam escribe que no le ha quedado una arruga. El valioso libro nuevo de belleza, escrito en español, que Madame Cuningham envía gratis á miles de personas, es ciertamente una bendición á la humanidad, pues hace conocer sus métodos admirables de embellecimiento del rostro y figura de una mujer poco atractiva.

Todas nuestras lectoras deben escribirle al momento y ella enviará completamente gratis sus varios tratamientos nuevos de belleza y mostrará:

- Cómo remover rápidamente las arrugas;*
- Cómo desarrollar el busto;*
- Cómo hacer largas y espesas las pestañas y cejas;*
- Cómo quitar instantáneamente el bello superfluo;*
- Cómo quitar las espinillas, granos y pecas;*
- Cómo quitar las ojeras;*
- Cómo quitar la doble barba;*
- Cómo reconstituir las mejillas hundidas y desarrollar el cuerpo.*
- Cómo oscurecer el pelo cano y hacer parar la caída del mismo.*

No envíe ningún dinero, porque los detalles son gratis, y esta encantadora mujer está haciendo todo lo que puede para beneficiar á jóvenes ó Señoras, que necesitan información, lo que aumentará su belleza y hará vida más agradable bajo todos aspectos.

Ahora es el tiempo de escribir y conocer los secretos para embellecer.

No más Arrugas

Hermoso busto

El Pelo superfluo desaparece como por magia por medio del nuevo descubrimiento.

Deje que esta señora le envíe á Ud. su maravilloso tratamiento, siga sus instrucciones, y después si Ud. se encuentra satisfecha, recomiende los métodos maravillosos de ella á sus amigos.



Evelyn Cuningham Inc.,

Dept. F., 35,

7 and 9 Randolph St. Chicago, ILL.

U. S. A.